

## DISCURSO DEL SEÑOR LICENCIADO ANTONIO ARMENDARIZ

Señor Presidente de la República.

Señores:

Recordaréis sin duda que de todas las páginas del diálogo inmortal, quizá ninguna logre tonos de idealidad tan depurada como aquella donde el discípulo atreve la apología del maestro amado; porque entonces ocurre que no solamente la razón tiene el privilegio de retirar los velos que cubren la verdad pura, desnuda, hacerla lucir iluminada en sus flancos por los colores de la emoción más pura; también concurren la mágica potencia del candor y la gracia, y la dulzura, para entre todas producir como una suerte de retroceso en la mente del discípulo, que por este milagro del retorno a sus primeros tratos con quien solícito asistió a las horas de su despertar, puede entregarle lo más genuino de su personalidad, que es la pasión por la verdad, la cual desde entonces le acompaña como elemento sustancial de la conciencia, y de este modo aquel sentido de universalidad esbozado a Glaucón por el Sócrates de los Memorables viene a cuajar en lo universal de cada quien.

Resulta, entonces, que la idealidad del diálogo platónico no puede atribuirse a la imaginación, ni menos al artificio literario de quien exalta al maestro; nace del puro relato de los hechos de un hombre como todos, pero que se hace singular por esta simplicidad elemental que encanta e incita —; oh, la escuela de Atenas!— para seguirle por la única vía que conduce a la inmortalidad, que es la bondad como precipitado de belleza, a un tiempo que la más acabada concepción de la justicia.

Vale decir, en consecuencia, que no puede haber maestro sin bondad, porque ser bueno es la categoría superior del magisterio. Y ser bueno demanda saber hacer las cosas bien, lo cual quiere decir que por bondad intrínseca se alcanza a conocer todo cuanto hay del arte propio, y que sólo por bondad podemos llegar a ser artesanos de nuestro arte, o dicho en otro giro: maestros del oficio que escogimos para servir, sirviéndonos.

Pues el maestro que ahora agasajamos con cálido fervor destaca hasta elevarse a los más altos grados de nuestra respetuosa estimación, por su bondad intrínseca; y porque es bueno, la mejor de todas sus lecciones es la sinceridad, virtud que, como es sabido, permite primeramente no engañarnos, y luego, no engañar a los demás; lo que es como decir

que la sinceridad comporta el derecho de ser leales; y cuando somos leales, la soberbia que pierde hasta a los ángeles, se halla lo más alejada de nosotros; y así nos vemos impedidos de hablar de lo que no sabemos y nos sentimos obligados a enseñar solamente lo que conocemos; y entonces podemos alcanzar uno de los sentidos más humanos del ser justo; porque ser justo es, sobre todo, ser capaz.

Cuando por estos caminos logramos la capacidad, ninguna injusticia puede detenernos; ni la maldad, ni la ignorancia de los hombres. Por eso es válido concluir que si la indignidad se apodera de nosotros, determinando épocas de postración moral, el origen hemos de buscarlo en la debilidad que no puede querer sino lo fácil, porque en vez de procurar el cabal conocimiento de las cosas, a fin de uncirlas para nuestro servicio, se prefiere alcanzarlas por los caminos propios de la debilidad, que son el cohecho, o la lisonja o el disimulo.

Y aquí parece preciso declarar que los discípulos de don Manuel Borja Soriano no acostumbra emplear el cohecho como instrumento del éxito profesional; esto no es, claro está, nada extraordinario, pero resulta aleccionador dentro de un medio que se desmorona por las purulencias de corrupción que han llegado hasta los rincones más insospechados de nuestra vida colectiva; y la lisonja que dobla voluntades está negada también a quienes el maestro hizo la merced de otorgarles los secretos de la persuasión, y el disimulo se desconoce entre quienes han recibido la consigna de hacer lucir en todo tiempo la verdad.

No negamos que los caminos señalados por el maestro se tienden en dura cuesta arriba; pero, lo ha dicho Goethe: "la ciencia es gris, y verde el árbol de oro de la vida..." Y si tal estilo de vivir es cosa seria, no por ello hemos de desdeñarlo, cuando sabemos que animados por el modestísimo ideal de hacer las cosas bien, el tiempo que para muchos no tiene otra virtud que sólo pasar, para los artesanos de su profesión, cuando se sienten limitados por el sentido de bondad, el tiempo se les convierte en obra que perdura, porque desde el principio de los siglos cualquier faena, por mínima que sea, si está animada por el bien, es perdurable.

Y por este camino ya podemos entender el caso paradójicamente extraordinario de don Manuel Borja Soriano. En la Universidad de México, es cierto, contamos hombres brillantísimos, mucho más sabios y evidentemente de alcances más universales. El maestro, en cambio, tan pequeñito él, tan modesto y tan sencillo; y sin embargo, capaz quizá

como ninguno para depositar en cada quien de los que fueron pasando por su cátedra de Obligaciones y Contratos a lo largo de los veinticinco años de su magisterio, la llama viva del amor por la equidad concreta; por el ideal de justicia cuajado en carne y hueso; por la bondad auténtica que no es idea, sino acto capaz de peso y dimensiones.

Los últimos cincuenta años de la vida universitaria mexicana le han de registrar como su maestro más capaz para reclutar discípulo a todo lo ancho del territorio patrio. Más aún: no encontramos todavía quien habiendo pasado por los bancos de su sala escolar, carezca del orgullo de haber sido un alumno de don Manuel Borja Soriano. A nuestro juicio esto se explica porque la mayoría de quienes vamos del bachillerato a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, agobiados por la gallarda tradición de "nuestra siempre erguida Facultad de Derecho", generalmente nos sentimos deslumbrados por sus profesores; poco a poco, sin embargo, las personas y las cosas van tomando sus naturales proporciones, y a veces hasta se minimizan por el transcurso de los años, cuando no se pierden definitivamente. Pero con el maestro ocurre precisamente lo contrario: cuando le vimos por primera vez, no advertimos en él nada sorprendente, como no fuera su exigencia.

Con los años comenzó a llamarnos la atención; salimos de la escuela y cada vez fué mayor la admiración por su sabiduría humanísima, puesta al servicio de quienes de ella han menester, sin suficiencias que abochorran ni menos hosquedades que deprimen, sino con mansedumbre y alegría; y nos va subyugando cuando le preguntamos, porque nos da la impresión como de que él es quien aprende de nosotros y nos rinde por ello su reconocimiento... Y a un tiempo que descubre los secretos del Derecho Civil, nos va enseñando cómo ningún precepto tiene validez si no descansa sobre la simplicidad de la vida, o desconoce la pureza de las costumbres, porque ambas condiciones son base de equilibrio en las relaciones de los hombres, y la levadura del aire familiar, modesto, pero digno, de las más limpias tradiciones del alma mexicana.

Señor Presidente, hablan por mi garganta las voces de los millares y millares de alumnos de don Manuel Borja Soriano, para daros las más rendidas gracias por haber bajado del augusto pedestal de vuestra alta autoridad a compartir los gratos momentos que ahora vivimos en torno de un gran profesor que por pequeño resulta ejemplo vivo y asequible de las virtudes esenciales de la ciudadanía, resumibles en servir bien a los demás.